

## 18. *Pia consideratio*

Lo que decía sobre el término “considerar” es demasiado importante para no profundizar en ello. Decía que san Benito nos pide convertir nuestra sed de absoluto, nuestra búsqueda del sentido último de la vida y del universo, la “*consideratio*” que nos une a las estrellas, para que se convierta en “*pia consideratio*” (RB 37,3), para que llegue a ser misericordiosa, caritativa, un acto de amor en nuestro corazón y en nuestra mirada, y, por lo tanto, en nuestro comportamiento con relación al prójimo.

Es como si nos dijese que debemos mirar al hermano, a la hermana, pobre y débil, como si escrutásemos el cielo para contemplar la belleza y el misterio de las estrellas y descubrir nuestro destino infinito. Es como si nos llamase a escrutar en el hermano débil una belleza misteriosa para la que ha sido hecho nuestro corazón, en la que se oculta nuestro destino, el sentido de nuestra vida. El prójimo necesitado es como las estrellas para el beduino en el desierto o para el marino que navega en la noche: solo de él viene la buena dirección, que nos permite orientarnos y llegar al destino. Pero el prójimo necesitado no nos muestra solo una dirección geográfica, no nos ayuda solamente a llegar al final de un viaje: el prójimo necesitado es una estrella que nos conduce al destino último de la vida, que nos conduce al Cielo más allá de las estrellas, es decir, a la Casa del Padre.

Ciertamente, el ser humano, desde su origen prehistórico, ha descubierto y desarrollado su religiosidad mirando las estrellas. Elevando la mirada al cielo nocturno estrellado, ha descubierto que su corazón estaba hecho para el infinito, para asombrarse ante el misterio infinito del que es un signo el universo.

Por esto, no sólo el término “considerar” viene de la palabra *sidus*, estrella, sino también el término “desear”. Parece que “desear – *desiderare*” signifique literalmente “alejarse o separarse de las estrellas”, y, por lo tanto, sentir su falta. Durante la noche, uno se sacia de la belleza de las estrellas, pero desaparecen con la mañana, y, entonces, el hombre pasa el día deseando las estrellas.

Subrayo la densidad de significado de estos términos, porque esto nos enseña la densidad con que san Benito concibe todo lo que podemos hacer al servicio de los demás. Es como si Benito nos dijese: “Mira que cuando cuidas de un enfermo, cuando sirves a un hermano débil y enfermo, cuando tratas con dulzura a los ancianos y a los niños, cuando eres paciente con sus exigencias, cuando pierdes el tiempo y las energías por ellos, no estás cumpliendo con el deber de un servicio, no estás ejerciendo un oficio: estás realizando tu destino, es decir, aquello para lo que existes, y satisfaces el deseo de infinito de tu corazón, aquel deseo que se despierta en ti cuando contemplas el cielo estrellado, o una puesta de sol, o la inmensidad del mar, o las montañas nevadas, o la armonía de una rosa...”

Esta densidad de concepción de la vida, nos la enseña en primer lugar la Sagrada Escritura, y se manifiesta perfectamente en Jesús.

Hace algunos días citaba el salmo 8:

“Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad” (Sal 8,4-6)

Así pues, este es el significado de “considerar siempre la fragilidad” del prójimo. Quiere decir justamente tener la mirada profunda de Dios, que crea las estrellas y sin embargo se inclina para escrutar al hombre, a cuidar de él.

Lo expresa también un fragmento del salmo 146, que me parece de los más conmovedores del Salterio:

“El Señor sana los corazones afligidos  
venda sus heridas.

Cuenta el número de las estrellas  
a cada una la llama por su nombre” (Sal 146,3-4)

Es el mismo Dios el que crea cada estrella, el que conoce el número infinito de las mismas, y el que se ocupa del corazón afligido y herido de la pequeña criatura humana. El mismo infinito amor que se expresa en la creación del universo, se concentra sobre cada corazón humano que sufre, y lo venda, es decir, se ocupa de él, lo cuida, lo cura, le consuela.

La misericordia de Dios tiene este espesor infinito que abraza la totalidad de la realidad, y que no pierde de vista, sino que tiene en cuenta, cada corazón, cada herida de cada corazón. Y para Él cada corazón tiene más valor que todas las estrellas, porque cada corazón es creado a su imagen y semejanza, es creado para ser misericordioso como el Suo, para tener una mirada de misericordia, una “*pia consideratio*”, como Él.

Cuando el hombre contempla las estrellas y el cielo infinito, siente una nostalgia y, sobre todo, se siente pequeño, insignificante, con respecto al universo. Una vez escuché en un autobús a alguien que decía una frase terrible: “Pero, en el fondo, ¿qué son todos los sufrimientos de la humanidad, qué son los millones de Judíos exterminados por Hitler, con respecto a las dimensiones infinitas de las galaxias, del universo?”. Entonces comprendí qué importante y humana es la revelación judeo-cristiana que nos libera de un sentimiento pagano ante el universo. Porque la revelación hecha por Dios a Moisés y a los profetas, la revelación que culmina en Cristo, nos salva de la tristeza abismal que experimentamos ante las estrellas, revelándonos y moviéndonos a pensar que Aquél que hace las estrellas y las llama por su nombre, es el mismo que se inclina a decir “Tú” a cada pequeño corazón humano, que se inclina a cuidar la tristeza de cada corazón humano, y que para él cada corazón vale más que todas las estrellas, más que todo el universo.

Nuestro Dios es un Dios que cuida de cada herida de nuestro corazón y, al mismo tiempo, ¡conoce por su nombre a cada estrella del firmamento! Si fuéramos de verdad conscientes de esto, ¡qué sentimiento tan profundo tendríamos de la realidad, de toda la realidad! ¡Imaginad con qué sentimiento de unidad y totalidad miraríamos cada detalle de toda la realidad!

Porque hay algo que pone en relación la herida mi pobre y pequeño corazón con toda la realidad, con las últimas estrellas de la última galaxia del universo. Pero no en un sentido panteístico, o materialista, o espiritualista; no en un sentido que nivelaría todos los seres y los desperdiciaría en el universo como motas de polvo. Porque lo que crea la unidad, lo que crea la relación entre mi corazón y las estrellas no es la materia, ni tampoco el espíritu, sino Alguien, ¡un TÚ inmenso y tan cercano y familiar que conoce el más pequeño sufrimiento del más pequeño corazón humano!